AÑO V — BUENOS AIRES, 12 DE ABRIL DE 1926 — N.o 220

BIBLIOTECA "F.V."

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

LA USA Y LOS SOCIALISTAS..

O por un copetin, que hará el contento del bolichero, los borrachos hasta se destriparán mutuamente.

Bombas lacrimógenas y asfixiantes en las huelgas

La nación yanqui es la tierra clásica de varios hermosos *productos*: dejando de lado sus excentricidades y sus multimillonarios, existen, entre otros, los lynchamientos de negros y las represiones feroces, bestiales contra la masa obrera al rebelarse a veces. Cuando la dignidad proletaria se enardece, sube de punto y estalla en llamaradas de ira y rencor contra sus explotadores — quienes entonces adoptan aires angelicales y de mártires con miras de conmover la opinión pública, — el gobierno de los barones de la industria, por su parte, arbitra todos los medios, desde los más ruines hasta los más inicuos, para doblegar, romper la protesta airada y nobilísima de los eternamente despojados que aspiran a ser verdaderamente hombres y no bestias de carga, embrutecidas y estúpidas.

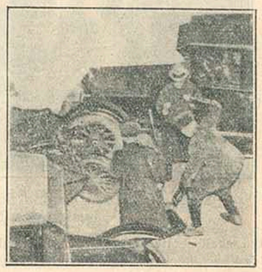
La plutocracia de porcolandia tiene un honrosísimo antecedente en su haber: la tragedia de Chicago, que dió fundamento a la protesta del 1.o de Mayo, empalidecida y lavada con agua de rosas por todos los Judas del proletariado mundial. Poetas tímidos, de un lirismo platónico, lo apodaron el suelo de Calibán, en oposición a Ariel. Se trataba de gente muy respetable por cierto, que veía ciertas antinomias espirituales del país yanqui a través de un temperamento personal, considerándolas como ofensas directas a su enfermiza o afinada sensibilidad; ejemplo: Rodó y otros. Incapaces de partir de lo particular a lo general — como le acontece a todo pensador de raza — se quedaron a mitad de camino, circunscribiendo a una dada escuela literaria o pseudo-filosófica lo que atañía por igual a toda la humanidad. Por eso sus alegatos contra la democracia del dólar no tuvieron trascendencia alguna. Hasta ahora la cruda, la dura y cierta verdad acerca de la nación tentacular de yanquilandia, ningún cronista ni escritor la dijo. Sin embargo, si existe un pueblo y un país que debe apasionarnos a nosotros más que a nadie, son los Estados Unidos de América del Norte. Allí se están forjando los destinos más cercanos de la humanidad. Y para vencer a un enemigo hay que conocerlo a fondo y a conciencia. Allí, donde a las ideas sociales se las persigue todavía como si fueran alimañas feroces, es el lugar más adecuado para dirigir nuestros esfuerzos, no solamente intensificando nuestra propaganda, sino, más que todo, estudiándolo en los múltiples aspectos de su vida societaria frente a la concepción de nuestras ideas. Allí, donde se organizó científicamente los provocadores de huelgas; los fraguadores de atentados; se implantó el espionaje en los talleres, en las oficinas, en todos los lugares de trabajo, y se hizo de los rompehuelgas una industria proficua y montada en vasta escala, es donde se nos ofrece un vasto panorama para alimentar nuestra literatura subversiva.

Alguien nos dijo que la próxima guerra se producirá entre el grupo de las potencias sajonas, Norte América y Gran Bretaña, y otras adyacentes formando un bloque, y Francia, Italia, España y otros países latinos oponiendo la otra masa enemiga. Del modo como se desenvuelven los advenimientos y el cariz que están tomando a toda velocidad, nadie sabe bien quiénes lucharán contra quiénes; pero se barrunta que una conflagración más intensamente destructora que la pretérita no tardará en aparecer. Hay que prepararse desde ya para afrontarla, si no nos es posible conjurarla ni desbaratarla con nuestras escasas y débiles fuerzas. Lo que se leerá luego son los prodromos de aquélla probable gigantesca contienda.

La huelga que a principios de marzo se produjera en Clifton y en Passaic, New Jersey (Estados Unidos), es un ejemplo que debería convertirse en enseñanza para los trabajadores sobre los métodos represivos que, generalizándose, les serán aplicados en el futuro, aquí y en otros países.

Entre las incidencias acaecidas en esa huelga, no solamente los *policemen* golpearon con sus clavas a los trabajadores, sino que contra ellos se empleó bombas lacrimógenas y asfixiantes y la manguera alternando el agua helada y caliente.

Este es otro precedente bastante honroso para la plutocracia de Porquilandia. Han sido los primeros en emplear tan seráficas armas en la defensa de sus sagrados derechos de casta ególatra explodora, y lo fué contra una masa inerme de hombres, ancianos, niños y mujeres. Hubo muchos contusos, otros ciegos y numerosos semi-asfixiados. Hasta no se pudieron conocer las cifras aproximadas de los lesionados.



Un policemen rompiendo la máquina fotográfica de un repórter.

Por supuesto, no existen las almas cándidas y capaces de sorprenderse al saber que la prensa de la metrópoli del otro bando, rica y chantagista, no haya publicado ninguna noticia alrededor de tan graves sucesos. Es la conspiración del silencio tejida alrededor del globo, saboteando toda información que pueda perjudicar los intereses de las clases dominantes poniendo en descubierto sus métodos de terror contra sus víctimas, los eternos Abeles, sofocados por el amor fraterno de los burgueses.

La huelga de Clifton y Passaic, debió producirse a fines de febrero, ya que el *Daily Mirror* (Espejo cotidiano) de New York, trayendo las crónicas y documentos gráficos sobre los sucesos, lleva la fecha del día jueves 4 de marzo de 1926.

Empecemos a dar unos extractos literales, que lograrán ser más fidedignos que nuestras versiones:

Dicen las grandes titulares: *Reina el terror en las calles de Passaic.* Luego, como acápite, un proverbio, posiblemente bíblico: *quien oprime a los pobre, reprocha a su creador.*

La policía de Clifton y Passaic, ayudada por pesquisas y escuadrillas de gentes de mal vivir, atacó a tres mil huelguistas desarmados, que en orden y pacíficamente transitaban por los calles. Los atropelló con las clavas en alto, que caían inexorablemente sobre las cabezas, las espaldas y los brazos. Hubo varios heridos y contusos. No sólo no se contentó con esa hazaña, sino que continuó avanzando para golpear a los huelguistas y no huelguistas, a comerciantes y a transeuntes pacíficos, infundiendo terror y vergüenza en ambas ciudades.

Las salas (saloons) de bebidas, han sido abiertas. El whisky se vende a diez y quince céntimos la copa (drink), y los pesquisas alquilados por los dueños de las fábricas de tejidos, se emborrachan libremente y con permiso de las autoridades locales.

Varios hombres de negocio y propietarios del lugar, tratan de obtener una audiencia del gobernador Moore, solicitándole pida al gobierno central el auxilio de

las tropas nacionales, o el mismo envío de la policía de la capital del Estado de New Jersey.

Entrevistado el gobernador por un reporter del *Daily Mirror*, declaró:

"—Yo estaría dispuesto a actuar en esta emergencia muy grave, como árbitro, pero como hasta ahora nadie dió señales de querer esto, debo observar una actitud equidistante. La policía local pudo terminar de manera pacífica la huelga hace tiempo, si se hubiese conducido menos brutalmente.

La policía arrojando bombas de gases asfixiantes contra un grupo de huelguistas. Nótese la humareda.

Por otra parte, acudir como a un remedio heroico a la milicia nacional, sería agravar los sucesos y el conflicto presente, empeorando de rechazo la situación, desesperada de sí, de los huelguistas."

Piquetes de huelguistas

"Hoy los piquetes de huelguistas que deberán recorrer las calles se protegerán, llevando máscaras y cascos de acero que les servían a los soldados norteamericanos en las trincheras. Es necesario se defiendan de las clavas de los policemen y de las bombas de los pesquisas. Nosotros nos mantendremos firmes, — dijo el líder del movimiento, El desórden y las revueltas han sido provocados por la policía. Las palizas suministradas a los reporteros y la destrucción de las máquinas fotográficas, prueban el aserto de que la policía no deseaba se conociese la verdad de los hechos. Los atacados por los pesquisas fueron unos treinta fotógrafos y periodistas. El capitán Anthony-Batillo gritaba: "Quítenles las máquinas".

En otro sitio de esta crónica se cuenta que, habiéndose refugiado los corresponsales de diversos diarios en un edificio, para evitar los malos tratos, la policía llevó repetidos asaltos a las puertas de entrada, y al fin, cuando pudo penetrar en el interior, empezó a romper muebles, vidrios, sacar las ventanas de sus marcos, e intentando detener a cuanto cristo había allí, logró hacerlo solamente con tres del grupo acosado.

Los nombres de los maltratados y apaleados y de los que sufrieron detención, se publican en una larga lista, sumando una cuarentena, en este diario ilustrado. Transcribirlos para aportar una mayor cantidad de testimonios, sería tarea ociosa. Nos basta consignar el dato y la nota gráfica, donde se ve que un policeman estrella la máquina contra el suelo.

Referente al empleo de bombas lacrimógenas y de gases asfixiantes, así como la manguera de agua helada contra un grupo relativamente numeroso de huelguistas, parece que el salvaje incidente aconteció por la tarde de un martes 2 de marzo.

Las cosas sucedieron así. Un tal Preiskel, jefe de la Seguridad Pública de Clifton y Passaic, — quien tendría grandes capitales colocados en las industrias textiles del lugar — en compañía de otro jefe policial de alta graduación, habrían mandado personalmente el ataque contra los obreros en huelga, que se habrían estacionado en la calle sin demostrar actitudes hostiles ni actos descompuestos. Entre ellos había mujeres y niños. Se dice también que cuando los bomberos dirigieron la bomba a vapor para suministrarle la rociadura a la masa proletaria, se hallaban completamente borrachos, como lo estaban los pesquisas a sueldo, encargados de arrojar las bombas.

Hemos consignado los hechos en un cuadro sinóptico de fiel y estricta síntesis. La causa del estallido del movimiento huelguista, respondió a la repentina poda de los salarios. En algunas fábricas se importó de Méjico y del sud mano de obra de color, contratada a bajos precios, hallándose en pleno vigor el sistema del espionaje y la oficina dactiloscópica.

Uno de los ataques de la policía contra los huelguistas

D. A. DE SANTILLAN

LA LIBERTAD CON FRENO

Nosotros, los entusiastas de la acción revolucionaria, los predicadores incansables de la acción coordinada, de la autodisciplina, los adversarios irreconciliables del amoralismo y del particularismo, los que afirmamos abiertamente que nuestro movimiento es un movimiento social, con un centro de gravitación social y no individual, los que llevamos una guerra sin cuartel al capillismo y al pontificismo, nosotros precisamente hemos tenido que recordar las palabras inmortales de Rabelais: "¡Haz lo que quieras!". Teníamos el presentimiento de una desviación vergonzante en la concepción del anarquismo de muchos camaradas de ambos mundos, y hemos repetido las palabras de Rabelais para que no se olvidase la esencia del anarquismo: "¡Haz lo que quieras!! ¡Obra como te dé la gana!" En nombre de mil supuestas inquietudes, en nombre de la economía, de la historia, de la filosofía, se intenta introducir en la doctrina anarquista una concepción de la *libertad con freno*, algo así como la libertad que nos deja el mundo capitalista siempre que no sacudamos las piedras angulares de su existencia. Diversos periódicos han protestado contra nuestra repetición del "¡Haz lo que quieras!" El que más y el que menos quisiera poner restricciones a ese punto de vista y, hasta ahora, los comentarios que hemos leído fueron de corte puramente burgués. Uno de ellos queremos transcribirlo. La revista *Acción* de París se ha sentido movida a protestar contra un artículo nuestro sobre ciertos puntos de vista antianarquistas publicados en ella y de paso dice: "En cuanto a la caprichosa teoría del "haced lo que querais", demasiado conocidos son los funestos resultados que su uso y abuso ha producido en nuestros medios, por cuyo motivo consideramos erróneo y peligroso el preconizarla" (febrero de 1926). Esta confesión nos asombra realmente. ¿Qué quiere decir eso sino que es preciso desconfiar de la libertad y sustituirla de forma que el "Haz lo que quieras!" se convierta en el "*¡Haz lo que yo te mande o lo que te mande el comité central!*" Sin embargo no son sólo los camaradas que se han sucedido tan a menudo en la redacción de nuestra revista parisién los únicos que tienen miedo a la libertad; casi todo el movimiento obrero revolucionario y anarquista de España parece adolecer del mismo mal. Hace poco se celebró en Madrid una conferencia de delegados de regionales adherentes a la Confederación del Trabajo. Sobre su valor no somos nosotros los que debemos juzgar. Tampoco podemos detallar las resoluciones tomadas, aunque este silencio repugna a nuestra conciencia. Pero una cosa sí queremos traicionarla: los delegados a esa conferencia eran todos unánimemente adversarios del "¡Haz lo que quieras!" y si fuéramos a buscar un equivalente del espíritu centralista y autoritario que en ella prevaleció, tendríamos que recurrir a los ejemplos de la dictadura sobre el proletariado ruso. Nosotros entendemos que combatir la dictadura de Primo de Rivera para poner en su lugar la de un comité confederal es patinar sobre el mismo lugar. También entendemos que nuestro camino es el de la libertad y el de la educación libertaria y toda táctica y todo sistema que atente a esa educación libertaria son obstáculos que ponemos a la revolución.

Nuestra revolución, nuestra propaganda, nuestra ideología, nuestras aspiraciones son libertad y solidaridad. Si un partido político intenta sustituir a otro en el poder, sea por medio del golpe de Estado o de unas elecciones reñidísimas, nosotros nos lavamos las manos y nos las metemos en el bolsillo. Pero en las acciones en que intervenga y se comprometa nuestro movimiento, exigimos el reconocimiento y la práctica de la libertad y no aceptamos dictadura alguna, proceda de Primo de Rivera, de Lenín o de un comité confederal cualquiera. Toda dictadura es lo contrario de la revolución; la revolución social que nosotros anhelamos no prospera más que con la libertad, pero no con esa libertad que interpreta la burguesía francesa en tal forma, que puede esculpir la palabra en los frontispicios de las prisiones y de los cuarteles; la libertad a que nosotros nos referimos es la que se traduce por la iniciativa libre y la solidaridad, la que no se supedita a las órdenes de ninguna corporación legislativa burguesa ni proletaria, la que abre nuevas rutas y crea nuevas formas de vida según las necesidades y aspiraciones del pueblo mismo, la que rompe diques y da puntapiés a los que se proponen canalizarla, ponerle diques y montarla después con botas militares o sofismas marxistas. La libertad para nosotros no debe ser una palabra vana, una trampa habilidosa para pasar moscas y embaucar incautos. Si basamos toda nuestra propaganda en la doctrina de la libertad, no lo hacemos para explotar la sed inextinguible de la humanidad de vivir una vida libre; no predicamos la libertad como predican los curas la castidad con el pensamiento fijo en el ama o en la sobrina o en la mujer de fulano o zutano; no predicamos la libertad con la idea fija de montar en un sillón de gobernador o vestirnos los hábitos diplomáticos de un Tschicherin. Nuestra libertad no admite comisariocracia alguna y cuando hablamos de élla, cuando hablamos de nuestra revolución se nos viene al pensamiento la lucha despiadada contra la autoridad, pero no la implantación de una autoridad nueva. Por eso tratamos desde ahora mismo de inculcar en el ánimo de todos que la edificación del porvenir de libres y de iguales no ha de hacerse por decretos, por órdenes externas en nombre del derecho divino, del éxito de un golpe de Estado o del pueblo. Hemos advertido más de una vez en los momentos de posibilidades de triunfo de nuestras fuerzas y de pánico de la burguesía, que la inmensa masa de los trabajadores no sabe qué hacer, espera órdenes de algún centro cualquiera de autoridad. En grandes huelgas, en grandes conflictos entre nuestro movimiento y el Estado capitalista, hemos constatado nuestra derrota porque, en el momento oportuno para la acción general, los combatientes esperan impacientes la orden de alguien que les diga lo que deben hacer. En enero de 1919 en Buenos Aires y en todo el país, si hubiéramos formado un gobierno *obrero*, habría sido probable la implantación de la dictadura proletaria, es decir nuestra dictadura, la de los anarquistas. No hemos formado el "gobierno obrero y campesino" y la burguesía se repuso del pánico del primer momento y verificó en el país 55.000 arrestos. ¿Es que debemos llorar ahora la pérdida de aquella probabilidad? Creemos que no. Si el triunfo de la revolución tenía que ser por medio de la instauración de un gobierno formado con camaradas nuestros, habríamos hecho lo que hicieron los bolchevistas en Rusia y para ese viaje eran vanas las alforjas. El reproche de no haber hecho la revolución es menos grave que la acusación de haber confiscado y asesinado la revolución.

De esa probabilidad de revolución en la Argentina en 1919 los autoritarios deducen: *es preciso regimentar masas para que en el momento dado obren según se les mande desde los comités centrales.* Nosotros decimos: *es preciso crear una mentalidad libertaria en masas populares cada vez mayores, para que en el momento dado obren por sí mismas, sin esperar órdenes de nadie, y hagan lo que quieran, lo que les dé la gana, lo que se les antoje, lo que mejor les parezca.*

¿Cómo queremos hacer una revolución libertaria con una mentalidad autoritaria, con el eterno *ordeno y mando?*

Nuestra época está tan envenenada de autoritarismo, que incluso entre anarquistas se habla menospreciativamente de la libertad y ya se advierten muchos síntomas entre los anarquistas absorbidos por el sindicalismo que en lugar del grandioso "*¡Haz lo que quieras!*" de Rabelais, quisieran proclamar: *la libertad es un prejuicio pequeño-burgués!*" — las palabras sacramentales de Lenín.

¡Amigos de la revista *Acción*, todos aquellos que protestais contra nuestra repetición del "haz lo que quieras", "haz lo que te dé la gana"! La anarquía es la doctrina de la libertad, de la verdadera libertad que se fundamenta sobre la fé inquebrantable en la humanidad y en sus destinos. Si no aceptais el "¡Haz lo que quieras!" aceptareis por supuesto esta hermosa perspectiva: ¡Haz lo que yo te mando o lo que te ordena el comité central!" No hay términos medios. O quereis la libertad con frenos o quereis la libertad sin freno. O interpretais la libertad como la burguesía francesa o la interpretais como los anarquistas. Elegid. Nosotros hemos elegido. En cambio vosotros quedais en una situación ambigua. Quisierais burlaros de la libertad como Lenín, pero no teneis el valor de ocupar la posición consiguiente. Eso habla muy poco en favor de una clara comprensión de la anarquía.

Y la respuesta que tendríamos derecho a esperar a estas observaciones, no se liquida con algunas intemperancias de lenguaje. Nuestra pregunta es clara: *¿Quereis la libertad con freno?* Tampoco vale salirse por la tangente y mencionar hechos de camaradas que hicieron lo que les dió la gana y causaron muchos daños. De antemano presentamos nuestra guerra al amoralismo y a la irresponsabilidad, lo que quiere decir que la libertad sin la responsabilidad no ha sido nunca prestigiada por nosotros ni por ninguna persona normal. Pero la responsabilidad no es un freno, no es un bozal que se nos impone desde fuera de nosotros mismos, es la base, el fundamento, la condición del florecimiento y la comprensión de la libertad.

Comprobamos una vez más de cómo la ciencia oficial, a cuyo mantenimiento y elaboración contribuyen los oprimidos, se revuelve contra éllos en manos de sus verdugos. El principal enemigo para el capitalismo no está fuera de las fronteras — ya que a la burguesía internacional nada la separa y todo la une — y sí adentro, cuando los explotados se yerguen en rebelión y tienen la inconcebible estupidez de creer en la legalidad y en la compostura que no pretende alterar en nada el orden presente.

Pero si a los norteamericanos se les ocurrió echar mano de medios repelentes y posiblemente repudiados hasta por un orangután de la selva, a las autoridades argentinas puede caberles el honor de matar indios desde un aeroplano y con ametralladoras.

El número correspondiente al primero de Mayo contendrá 16 páginas y valdrá diez centavos — ¡Adquiéralo usted, camarada!

MAX NETTLAU

El anarquismo en la antigüedad

De los carpocráticos a los Hermanos del espíritu libre

En los doce o quince siglos después de la última floración de la antigüedad griega, en cuyo período se desarrollaron precisamente las ideas libertarias de los estoicos, imperaba toda suerte de autoridad. A la dictadura temporal de los macedonios siguió la dictadura férrea y constante de Roma, que sólo fué quebrantada por la locura cesarista en que cayeron los pueblos del oriente y del centro de Europa. Entretanto el misticismo oriental entenebreció los espíritus y adquirió, en una derivación que se sirvía de argumentos primeramente democráticos y hasta comunistas, el cristianismo, un poder sobre el espíritu y la moral de casi toda la humanidad que pérsiste aún, de manera que ésta se encuentra todavía en mísera ignorancia y fanática borrachera, una tutela espiritual que aprovechó todo gobierno a través de los siglos. Toda buena disposición inicial de los nuevos pueblos que entraban en el escenario de la historia, sucumbió al contacto con la autoridad política, y pronto también espiritual, concentrada en Roma, y la explotación social intensiva, favorecida en el más alto grado por esa autoridad, degeneró y el resultado fué una serie ininterrumpida de guerras y de intrigas de los Estados europeos desde las llamadas emigraciones de los pueblos hasta hoy, imitando cada cual a Roma y siendo cada uno enemigo de todos — y las fuerzas libertarias fueron siendo impotentes para modificar lo más mínimo ese estado de cosas. Sin embargo actúan, pero su corriente es un pequeño arroyuelo en comparación con la corriente de la autoridad, a la cual están dispuestos pueblos enteros en todo instante a llevar el tributo de su sangre, mientras que la libertad no dispone más que de pequeñas minorías, que contribuyeron con muchos sacrificios. No obstante, esperamos que la humanidad se abrirá el camino hacia la libertad.

Así ocurrió que en esos muchos siglos incluso la indignación social adquirió generalmente formas autoritarias; encontramos ese carácter en las luchas sociales y políticas de los plebeyos romanos, en los tiempos de Mario, de los Graccos y de Catilina, de las guerras de los esclavos con Spartaco y hallamos humildad espiritual y resignación en el cristianismo primitivo comunista y sus retoños, el monaquismo, — fanatismo doctrinario en las sectas religiosas, los heréticos de toda naturaleza, a quienes sólo su impotencia impidió convertirse en perseguidores, — inextricable confusión en las esperanzas de muchos, los creyentes del año milenario, etc., y extenuado apartamiento del mundo en los creyentes que intentaban realizar entre sí algún ideal religioso, a menudo con la comunidad de bienes dentro del grupo. Para la libertad, todos esos no se cuentan, porque en ellos mismos el fanatismo habría sofocado siempre el respeto a la libertad de los demás. Un Juliano el Apóstata, que anhelaba la libertad de espíritu de los griegos vale por todos ellos.

Pero seguramente hubo en todos esos numerosos movimientos o ambientes que se desviaban de la rutina algunos que evolucionaron más por medio de ellos o junto a ellos, que siguieron su propia vida, y que en todo caso fueron tan odiados por las sectas como éstas eran odiadas por sus perseguidores. O hubo gentes que tomaron su destino en sus manos, se batieron y fueron aniquilados como rebeldes o bandidos. O bien algunos se dedicaron a estudios, investigaron el pristino pensamiento de la antigüedad, lo que en el tiempo del entenebrecimiento cristiano era peligroso, experimentaron y se elevaron por sobre la superstición de su tiempo, desearon entenderse con otros de lejanos países, por medio de sociedades secretas o relaciones instructivas que pudieron llegar al mundo árabe-africano, en el que se estudiaba fervientemente; por todos esos continuó viviendo la libertad. No pudieron escribir libros y transmitir sus doctrinas a discípulos, tuvieron que obrar privada y secretamente, y nosotros no sabemos más que de aquellos que fueron descubiertos y se convirtieron en víctimas de sus ideas. Tampoco entonces se nos transmite más que raramente su "crimen", su "herejía", y por tanto estamos en la ignorancia sobre sus verdaderas ideas. No sabemos si algunos de ellos, espíritus sosegados, no en estado de exaltación, han reflexionado sobre las ideas de la libertad hasta el fin, pero muchos hicieron lo más posible y el sistema imperante tuvo en ellos sus enemigos mortales que lo combatieron incesantemente en voz alta o en silencio.

Habría que revisar el infinito material histórico de esos tiempos en todas sus formas para constatar entre los muchos que aparecen de algún modo como enemigos de la situación de terrible opresión espiritual y material, los elementos conscientemente antiestatales, efectivamente libres, — una labor que todavía no ha sido hecha. Por consiguiente no puedo referirme más que a pocos detalles.

Es mencionado así el gnóstico Carpócrates de Alejandría (1), cuyo hijo Epifanes resumió sus doctrinas en el libro *Peri dikaiosynes* (Sobre la justicia); pero de esa obra no nos quedan más que fragmentos en los escritos cristianos contra los heréticos. La justicia divina se manifiesta, según Carpócrates, como una comunidad con igualdad (*Koinonia met' isotetos*); dios asegura *igualmente* todo a todos. "Como de la luz del sol nadie puede tener más o menos que los demás, así debe procederse con todas las cosas y disfrutes. Y así ocurre efectivamente en toda la naturaleza. Por doquier vemos que son aseguradas al ser vivo todas las comidas en común para el disfrute igual, y que ninguna ley perturba esa condición querida por dios, que produce el acuerdo de todos"... Tampoco (sobre la generación) hay ley alguna escrita, que se documente de dios... Aquí como en todas partes ha ofrendado dios igualmente todos los bienes a todos". — Dios, que sembró en nosotros los apetitos, ordenó que los empleemos y no los extirpemos en ninguna parte, como tampoco ningún otro ser vivo refrena sus apetitos...

Los carpocráticos pertenecen a los primeros que reconocieron el derecho de todos a todo hasta sus extremas consecuencias y los primeros que trataron de realizarlo, fueron perseguidos y aniquilados, lo que no impidió que desde aquel tiempo, a mediados del siglo II, se continuaran difundiendo las mismas ideas por algunas comunidades locales o por sectas que formaban internacionales secretas, realizándolas en su ambiente. La religión la constituía aquí el derecho natural, la forma pura, a la que se apelaba contra la corrupción de la religión sacerdotal dominante. Para los que pensaban un poco más allá, dios y la naturaleza eran idénticos, y la ciencia que no había muerto enteramente era su guía. La propaganda y también la precaución, así como el hábito general produjeron el encubrimiento religioso. Era peligroso para la vida el dudar sólo de la religión oficial, habría sido mortal y habría quedado incomprendido el negar desde el comienzo toda religión. No sabemos hasta qué punto llegaron los círculos más íntimos de las sectas. En todo caso la idea de que dios o la naturaleza habían puesto en cada uno la capacidad de formarse su propia ley, es decir de ser libre y de libertar a los otros, estaba tan vulgarizada como la del más libre comunismo, la disposición libre de todos sobre todo. Pero no todos llegaron a esa consecuencia y junto a las sectas anarquistas hubo quizás en idéntica proporción que hoy, sectas moderadas de toda especie, que — lo mismo que hoy, desgraciadamente — se demostraron como el mayor obstáculo: en el camino del ateísmo y del anarquismo de aquellos tiempos estaban las sectas reformistas, el posterior protestantismo y la burguesía aspirante al dominio, tan funestamente como la socialdemocracia, e idénticas tendencias se colocan hoy entre el sistema imperante y la revolución.

Es infinitamente difícil hacer resaltar en la historia de las revoluciones, de las sectas y de los herejes de los últimos períodos del mundo antiguo y de la edad media, los elementos realmente libertarios, pues apenas se ha comenzado a extraer de su envoltura religiosa o de la desfiguración de sus hechos por los cronistas siempre reaccionarios, los elementos sociales, políticos, librepensadores en general (2).

Por ejemplo, hace muchos años me tradujo el doctor Arabekian, de la historia de Armenia, en tres volúmenes, Venecia, 1695, II, pág. 884 y siguientes, lo que se contaba allí de *Smbate*, de la aldea de Zarehavan, que, influenciado por los paulistas neo-maniqueos y por un persa Midsusik, habría difundido en el distrito de Thondrak, bajo la máscara cristiana, herejías. Negaba la vida futura, la providencia, el espíritu santo, todos los ritos eclesiásticos, todas las doctrinas de la existencia de los pecados y del castigo. "negaba todo y toda ley y autoridad... y era como una encarnación del diablo transformado en ángel luminoso." — Por consiguiente en todo caso un hombre magnífico, cuyo fin, que no conozco, ha debido ser bastante triste, tal vez un anarquista convencido — o sólo un rebelde nacionalista, a quien el cronista, al ocuparse de él, atribuye mecánicamente la lista entera de los pecados contra la superstición sagrada y sus representantes; sólo una investigación especial podría aclarar este caso, y así ocurre con todo el resto del material casi inexaminado (3).

Seguríamo parece ser que, refiriéndose a las palabras de Pablo a los galateos: "Pero si gobernais el espíritu, no estais bajo la ley", la idea panteísta, dios penetra toda la naturaleza, el alma del hombre es una parte de dios — surgió en algunos la convicción de una unidad con dios que los ponía por encima de la ley humana. Compartían más o menos el punto de vista de los carpocráticos y llegaron, como éstos, al reconocimiento y, donde pudieron, a la práctica del más libre comunismo, que, como no les eran permitidas las demás manifestaciones, como colonias, se limitó a su vida privada.

Razón suficiente para entregarlos a la más aniquiladora persecución. Esas ideas fueron expuestas en una forma moderada por Amaury de Bena, un profesor de la Universidad de París (muerto en 1204). Propagadas por sus discípulos, llevadas por Ortlieb de Strasburgo a Alemania, encontraron esas ideas los partidarios más convencidos y dispuestos al sacrificio en los círculos místicos sensibles, los llamados *Hermanos y hermanas del espíritu libre*, que se pusieron fuera de la sociedad y de sus leyes, de sus usos y costumbres y fueron combatidos a muerte por la sociedad (4). En los últimos siglos de la edad media la parte sud de Francia, el país de los albigenses, partes de Alemania hasta Bohemia y el Bajo Rhin hasta Holanda y Flandes, junto a partes de Inglaterra, Italia y también de Cataluña en España, fueron lugares de vivaces movimientos de sectas, pero en las cuales predominaron con mucho los elementos místico-religiosos y los autoritarios. Las ideas más libres han debido ser abrigadas por algunos pensadores e investigadores, los mencionados grupos del *Espíritu libre*, y ciertos grupos techecos de consciente pacifismo, de espíritu persistente de asociación y de renuncia a la dominación temporal que se desarrollaron en oposición a los husitas nacionalistas-autoritarios. Pedro Schelcicky ha debido ser una especie de Tolstoy de su tiempo, y las ramificaciones de ese movimiento, los hermanos bohemio-moravos, se mantuvieron largo tiempo agrupados, pero perdieron el espíritu antiautoritario que parece haber animado realmente a Schelcicky y a sus más íntimos compañeros (5).

Holanda y Flandes se convirtieron poco a poco en un asilo para las sectas moderadas; pero las libertarias fueron perseguidas también allí teriblemente. Una de ellas ha debido ser la de los *Krompdraggers* o *Kloeffers* de fines del siglo XIV (6). Allí se desarrolló también el movimiento de los *loistas* o *libertinos* de Amberes, que ha descripto Georges Eekhoud tan intuitivamente en su libro *Les Libertins d'Anvers. Légende et Histoire des Loistes* (París, 1912, 403 págs.).

Mas no quisiera tratar de penetrar en este terreno inseguro.

(1) *G. Adler*, Geschichte des Sozialismus und Kommunismus von Plato bis Zur Gegenwarta, *págs.* 77-80: *El comunismo*

Un tomo en rústica, $ 1.20

Edición especial, papel pluma ... „ 2.00

„ „ „ *encuadernado en tela* .. 3.50

anarquista de los carpocráticos, utiliza la Ketzergeschichte des Urchristentums *por Hilgenfeldm* (1884.

(2) *Junto a algunas fuentes de los últimos tiempos del paganismo o islamitas y algunos escritos moderados de las sectas teológicas, todo el material fué conservado sólo por fanáticos cristianos, padres de la iglesia, cronistas, y en actas de procesos de los últimos tiempos de la edad media. Con ellos se componen desde hace siglos historias de dogmas y de herejes de las que se extrajo todo el léxico heredado en donde se notifican mecánicamente innumerables detalles; por ejemplo* Pansebeia: or a Wiew of all Religions... also, a Discovery of all known Heresies..., *por A. Ross, un vasto catálogo de herejías (cuarta edición, Londre,* 1762); *Kritische* Geschichte des Chiliasmus (*Francfort y Leipzig*, 1781-83); Le Pantheisme... *por François Bauvier* (*Mons, hacia* 1883); Dictionnaire universel des Rerésies, des Erreurs et des Schismes, *por el abate M. T. Guyot* (*Lion; Paris* 1847) *etc. — Pero también librepensadores acumularon ese material e intentaron examinario; por ejemplo Pierre Bayle en su famoso* Dictionnaire historique et critique, *cuya tercera edición, más de* 3.000 *páginas en folio, fué impresa en Rotterdam,* 1714-20 *en cuatro volúmenes, y el anarquista Sylvain Maréchal en su* Dictionnaire des Athées anciens et modernes (*Paris, año VIII, LXXVI* — 524 *págs. en* 8.°); *ese diccionario de los ateos contiene también muchos precursores anarquistas. Una reimpresión ampliada apareció en Bruselas en* 1833 (*de esta edicin del título en París,* 1853). — *Naturalmente esas acumulaciones no críticas fueron profundizadas por investigaciones especiales teológicas e históricas, y en ellas nuevamente continúan edificándose resúmenes solcialhistóricos y librepensadores. Así por ejemplo la historia del socialismo del profesor Georg Adler, ya mencionada, e incompleta* (1899), *la* Geschichte des Sozialismus in Einzeldarstellungen, *marxista, trabajos diversos de Karl Kautsky y la primera parte de la pequeña* Allgemeinen Geschichte des Sozialismus un der sozialen Kampfen (1922) *por M. Beer, una introducción muy informativa en ese dominio. De parte de los librepensadores tratan de penetrar en el asunto por ejemplo W. E. H. Locky,* History of the Rise andInfluence of the Spirit of Rationanalism in Europe, *reimpresión de la "Rationalim Press", Londres,* 1910, 2 *volúmenes; Edward Clodd,* Pioneers of Evolution, From Thales to Huxley (*Londres,* 1907), *la gran historia del ateísmo por Fritz Mauthner; véase también* Biographical Dictionary of Freethinkers, *por J. M. H. Wheeler* (*Londres,* 1889). *De parte de los anarquistas no se ha investigado ni cosechado persistentemente aún.*

(3) Un precurseur anarchiste *es por ejemplo la reimpresión del artículo de un diario en el* Supplement des Temps Nouveaux (*Paris, vol., pág.* 556-57), *en el que el turco Dr. Abdullah Dyevdet hablaba del poeta sirio Ebu-Ala-el Muarri, que fué adversamente transcripto, sin que se demuestren de algún modo ideas anarquistas; ciertamente no conozco un trabajo anterior puesto en perspectiva sobre ese poeta. — O se cuenta que el poeta sueco Lasse* (*Lars*) *Johannsson, llamado* Lucidor (1638-1674) *es tal vez un precursor del anarquismo en Suecia, sin aportar pruebas al respecto; véase Haakon Leroage en* L'Idee anarchiste, *Paris,* 10 *de abril de* 1924. — *Hay numerosos poetas socialcríticos y entusiastas de la libertad, pero sin embargo distanciados del anarquismo, porque a pesar de todo eran autoritarios. Juvenal, François Villon y Byron escribieron probablemente más avanzadamente que Lucidor, para mí desconocido, y sin embargo nadie les llama precursores anarquistas. Sólo el que rechaza conscientemente la autoridad en todo caso es anarquista. El hecho de que innumerables gentes, de que todo hombre razonable, pisoteen a cada paso la autoridad, sólo prueba que la libertad es el elemento vital del hombre y que el autoritario consecuente es un monstruo.*

(4) *Véase Haupt,* Beitrage zur Geschichte des Sekte vom freien Geiste (Zeitschrift für Kirchengeschichte, *vol. VII, cuaderno I, Gotha,* 1884); *Jourdain,* Sources philosophiques des hérésies d'Amaury de Béne et David Dinant, *en* Actes de l'Academie des Inscriptions et Belles Lettres, I, 26; *Jund,* Histoire du panthéisme populaire au moyen age (*Paris,* 1875); *los escritos de W. Preger, etc., todo inaccesible para mí.*

(5) *No puedo resolver si los llamados* adamitas, *que en* 1421 *fueron aniquilados en su isla del Naser por Ziska, el jefe husita, eran afines realmente a los Hermanos del espíritu libre, con su ejercicio efectivo de la idea que el hombre, como parte de dios, está libre de todo pecado y por tanto debe obrar según sus impulsos, o si constituían sólo uno de los grupos husitas nacionalistas-comunistas fanatizados. Los continuadores de esa secta trataron de acercarse a los hermanos bohemio-moravos. Véase Josef Svátek,* Kulturhistorischer Bilder aus Bohmen (*Viena,* 1879, *págs.* 97-117: *adamitas y deístas en Bohemia*).

(6) *E. Armand en* l'en dehors *de Orleans* (*número* 44, 1 *de octubre de* 1924) *llamó la atención hace poco sobre éstos según la* Geschiedenis von Antwerpen, *por Mertens y Torfo.*

(7) *Parcialmente aparecieron antes en la* Societé Nouvelle (*Mons,* 1908-10). — *Véase también Julius Frederich,* De Secte der Loisten of Antwerpsche Libertijnen (1525-1545). Eligius Praystinsk (*Loy de Schaliedecker* (*Loiet le Couvreur*) en zinj aanhangers (*Gante; Haya,* 1891, *IX,* 64 *páginas*).

Gregorio Sciltian - Pintor armenio

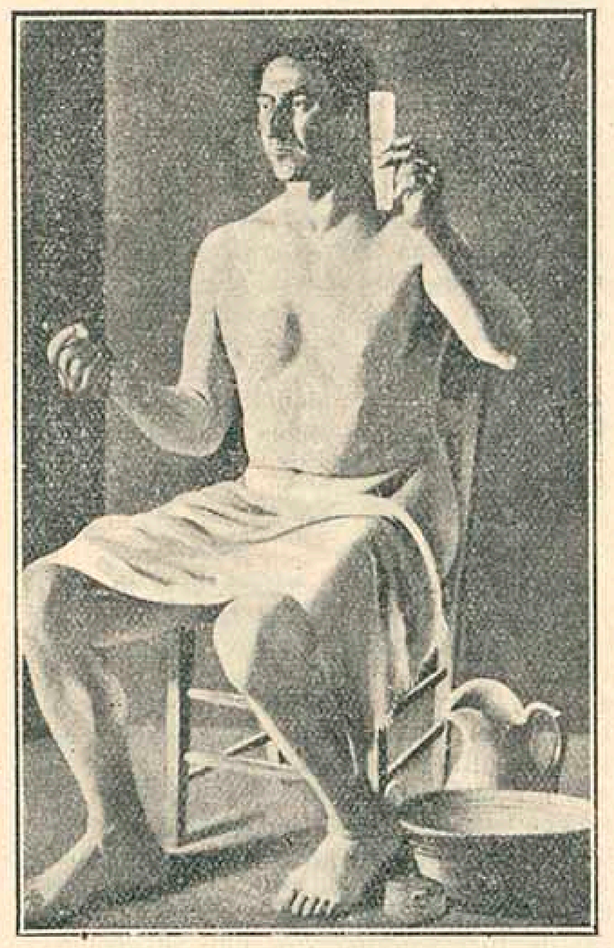
En Roma existe una casa de arte, en cuyas aulas se aceptan todas las tendencias artísticas, siempre que ellas sean el exponente de una personalidad definida, cuajada y madura, pero que no llegue a la decrepitud. Se llama *Bragaglia's House of Art;* porque además del nacionalismo cultivado con cierta intensidad, se abrigan designios de hacer de la ciudad eterna un centro cosmopolita para las cuatro artes. Algo así como un motejo de París. Los catálogos que nos enviara quizás una mano amiga y anónima, están en su mayoría redactados en inglés o en francés, excepción hecha por la revista teatral *Index* y el prospecto de una muestra de un pintor armenio.

Esa casa fué fundada — creemos — hace unos seis o siete años, por los hermanos Bragaglia, pintores, escritores, escenógrafos y creadores del teatro de los Independientes.

Bajo el título *ce que nous avons donné,* o sea, lo que nosotros hemos realizado — nos informan en los términos siguientes:

"Efectuamos 116 exposiciones y numerosas reuniones artísticas. Representamos 43 novedades teatrales entre las más valiosas de la literatura dramática; emprendimos una propaganda activa en el extranjero por medio de varias publicaciones, y exposiciones personales de artistas italianos, participando en los certámenes internacionales; publicamos folletos, revistas, diarios que llamaron la atención por su originalidad; a nuestras propias costas refaccionamos las Termas Romanas, haciendo de ellas un centro de reunión para los artistas, creando un anexo a nuestro círculo de *Las Crónicas de Actualidad;* siendo todas estas iniciativas de una gran utilidad desde el punto de vista de las relaciones intelectuales de los italianos con los extranjeros, y mucho más prácticas que cualquier ministerio o comisión de bellas artes.

Para el año que se inicia, a la apertura de nuestro teatro, volveremos a iniciar la publicación de nuestras revistas, y diarios y libros, dando un fuerte impulso a nuestras otras iniciativas, y organizaremos manifestaciones útiles al movimiento artístico y a los mismos artistas."



SCILTIAN — Hombre peinándose

Aunque el íntimo sentir de quienes regentean la casa o sea esa industria de la producción artística italiana se pronuncie por las escuelas avanzadas, la mayoría de los expositores entran en todas las clasificaciones que poco o nada tienen de pintura o escultura de vanguardia.

Elijamos, por ejemplo, a Romeo Costetti, amanerado pintor y dibujante, quien apenas excede de la mediocridad común; su hermano Giovanni, mejor que él, excelente aguafuertista muy dado a representar escenas rústicas del agro toscano, con la representación de sus robustos campesinos y picapedreros como substanciaciones de la tosquedad del suelo. El Suplemento publicó una punta seca suya, que sin ser de un valor extraordinario, le revelaba como un talento sólido y constructivo. También en esa larga lista de nombres hay un argentino, apenas conocido en su país. Se trata de G. Socrate, discípulo de Romeo Costetti — con Thibon, Caggiano y Ballerini — quien luego se dedicó a la escenografía, distinguiéndose en ese vasto plano del arte. Luego expuso Climt, el conocido decorador y retratista húngaro, Sachetti el caricaturista, Boccioni y varias exposiciones colectivas de pintura italiana y extranjera.

La transigencia era forzosa y necesaria, ya que las huestes futuristas no podían hacer todo el gasto de la temporada.

Referente a las actividades teatrales, se dió preferencia a los autores novadores. Se halla Pirandello, con *L'Uomo del fiore in bocca,* Bernard Shaw, con *L'Imperatrice Bolscevica, La Morte e il Diavolo* de Wedekind, *La Metempsícosis,* de You-Ceu, de Yupetuen, — comedia china en cinco actos; *Fedra,* de Unamuno y vienen después los Marinetti, Soffici y compañía.

Como se deducirá, es un teatro dirigido solamente a un número restringido de espectadores, y, para decirlo francamente, confeccionado a medida de una determinada élite, compuesta de artistas y de ricos burgueses que pueden otorgarse el lujo de asistir a funciones cateadas a medias u oídas dormitando.

SCILTIAN — Vendedora de pescado

La parte plástica tal vez se ha de dirigir a un círculo más vasto, por incluir varias manifestaciones artísticas, distintas y contrapuestas en magníficos contrastes, altamente aleccionadoras para quienes saben aprovecharlas con inteligencia y tino.

No se vacilará en afirmar que todo esto tiene un aire de odioso aristocratismo, que no podrá nunca atraer a uno que se nutra de un concepto humano del arte, donde todos los hombres comulguen por igual, según la propia capacidad emotiva. Pero mientras no haya pueblo en el sentido lato del término, y sigan imperando los gustos discutibles de un público mordido por sus instintos sensuales, deberemos seguir separando lo poco bueno que haya entre tantos esfuerzos marrados, inútiles y hasta perjudiciales.

Por lo pronto, el pintor armenio que citáramos al comenzar estas líneas, es de recia contextura y legible en su escritura plástica.

En el prólogo que escribe Roberto Longhi, en el catálogo de esta exposición, son pocas las indicaciones que se ofrecen para guiar al lector en el conocimiento del artista. Se nos informa vagamente que es armenio y vive y trabaja en el islote de San Lázaro, a poca distancia de Venecia; también hay la noticia que expuso un par de telas en la Bienal de esa ciudad en 1924. Espiguemos en lo que podamos y en lo de más utilidad para el caso de fijar su filiación plástica.

Comienza Longhi:

"Mis notorias preferencias histórica me indujeron a señalar la concreta afinidad de Sciltian con el círculo de la buena y gran pintura; mientras que mi habitual indiferencia por el estado civil y los certificados concedidos por la municipalidad artística de París, me hacen olvidar la historia moderna que pueda contener en potencia estos cuadros.

Lo que más pesa en su concepción de arte es que, — así como el Caravaggio o el Velázquez joven — ante sus ojos se halla una verdad palmaria como un constante cronómetro para medir la naturaleza y la vida.

Se entiende que la realización de arte no se alcanza con meras referencias, extractadas del natural, ni niego tampoco que esas referencias se nos aparezcan en ese común modelo, casi innoble, — salvo nuestra solidaridad con los oprimidos — del portero del hotel "Del Mundo", como un poderoso asunto de arte. Pero aquí

donde han sido pintados a la buena y como jugando los pies y algunos objetos, resultan vigorosamente acentuados por el ambiente severo y limpio de todo aditamento inútil: se trata de un pedazo de jabón ligeramente deformado por la reciente inmersión, y de dos cepillos de dientes. Se podría discutir si disminuiría su valor por hallarse en un bodegón sevillano del mil setecientos veinte.

No es solamente la tercera parte de ascendencia española que el pintor puede ostentar. He ahí, en el retrato conducido a feliz término por Sciltian, derivado de una especie de infante marquesano, hermano espurio de Felipe IV, con aquel hundirse enérgicamente de los zancos oscuros sobre la fibra clara del fondo impreciso.

Los asuntos habituales del artista surgen a través de la incidencia que existe entre lo sevillano y lo romano. La frutera, la pescadora de Campo dei Fiori son la herencia del seiscientos internacional romano, donde Herrera el Moro se llamaba el *español de los peces.*

Los objetos, a veces, por eso mismo, parece que salen de la fabricación de las manos, las que empuñan el pincel con más empeño de lo que ocurre para que resulten tan nuevecitos.

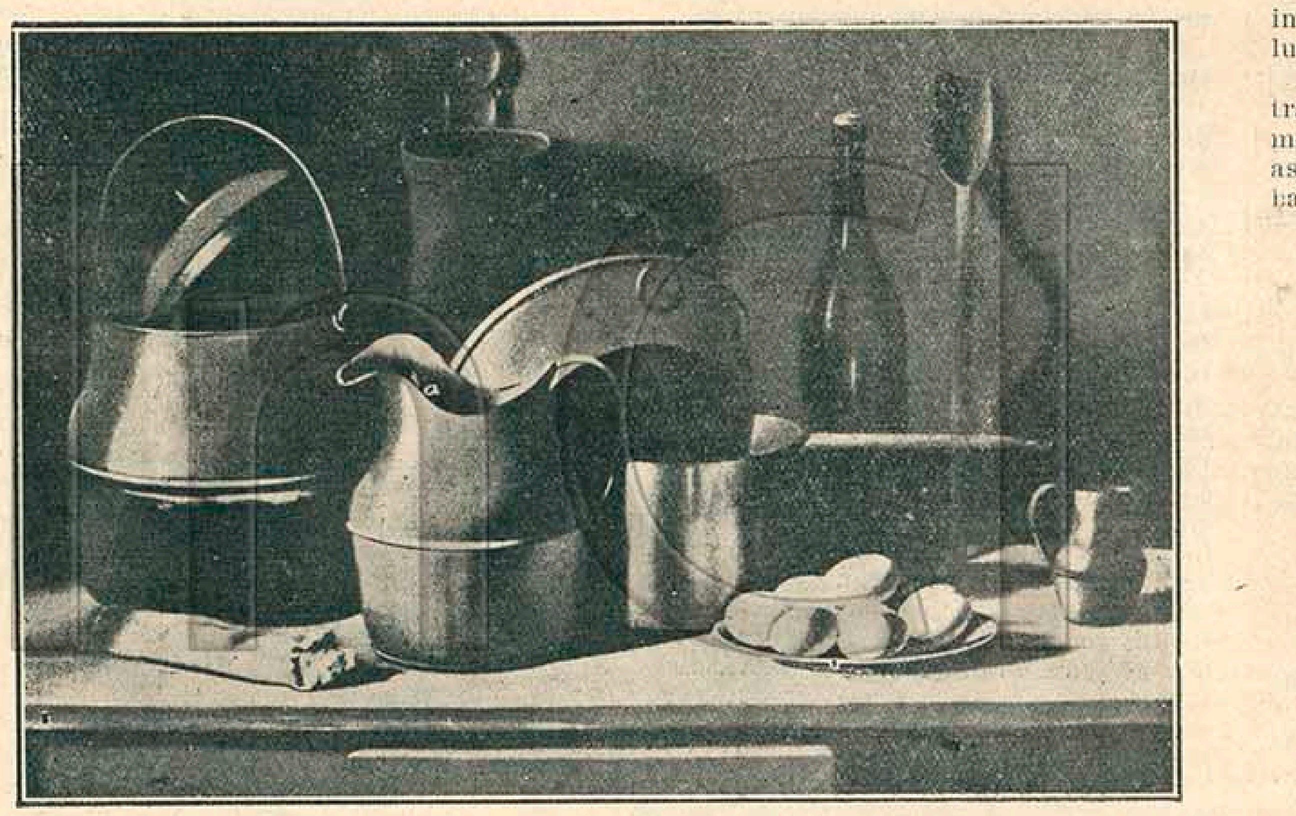
Sin embargo, no hay ninguna duda sobre el vigor de los tonos eminentemente fabriles, como acontece especialmente con la tela de *Los enseres de cocina,* en la cual no se extienden sobre los objetos, y sí los substancian, formándose una amalgama que se ensimisma en la fosa del clarobscuro. Se distinguen los marrones, los amarillos, las tierras plúmbeas, extraídas de las vísceras de la madre naturaleza, con la certeza y la clarividencia de quien sabe de cómo el pincel es la varita mágica a cuyo conjuro florece el milagro de la belleza.

Creemos sinceramente que también esta rápida y enérgica transposición de la vida en la pintura, sea un ennoblecimiento suficiente para el arte. Opinamos que se trata de un sentido transportado por el procedimiento parvo de las transferencias. No obstante, entrevemos que suele vivir en las raíces cargadas de savia de la fantasía figurativa, en vez de residir en el cáliz de las flores más elevadas y más frágiles, donde podrán habitar las almas fantasistas, abigarradas, y más risueñas.

Pero Sciltian queda óptimamente al pié del árbol de copa sonora por el trinar de los ruiseñores. Una veracidad palmaria, un portento de evidencia se halla ante sus ojos como constante metro para medir la naturaleza y la vida.

A su talento sólo le pedimos que nos ofrezca más puros, más nítidos los simples consuelos de la realidad.

¡Oh buen *mechitarista!* (En armenio, el que reconforta y consuela).



SCILTIAN. — Enseres de cocina.

P. BECQUEREL

LOS LIMITES DEL CIELO

Grave cuestión que divide y apasiona a los astrónomos, formando dos bandos: los newtonianos y los einstenianos. Si no poseemos datos y medidas positivas, se conoce que nuestro universo galileano es muy pequeño. Aunque los últimos sondajes efectuados por los sabios Seares y Van Rhign hayan establecido que el número total de estrellas es de doscientos mil millones a trescientos treinta y cinco mil millones, y que el diámetro del universo, según nuevas mediciones, sea en el orden de 300.000 años de luz, no contiene el cielo entero. No es más que una ínfima parte, puesto que él mismo se halla perdido dentro de la inmensidad, en el medio de una muchedumbre de universos lejanos, tan poblados de astros y en una extensión tan vasta que las nebulosas en espiral han sido avaluadas por millones. ¡Y estamos muy lejos de haberlas contado todas! Nuestros gigantescos telescopios todos los días descubren algunas.

Como los universos son separados entre ellos por una distancia siempre más grande que su diámetro, como después de millones de siglos ellos atraviesan los espacios en todos los sentidos, alejándose o aproximándose con una velocidad oscilante de 500 a 1.000 kilómetros por segundo, es necesario que el cielo posea una formidable extensión para que esos universos no hayan encontrado todavía su fondo y sus límites.

Y después de todo, el cielo, ¿será verdaderamente limitado? No; nos dirán los partidarios de Newton. Nosotros no podemos poner límites al tiempo y al espacio, puesto que somos incapaces de concebir regiones y espacios substraídos a las leyes de la gravitación. Debe haber un infinito en el espacio sin límites, universos islas, vías lácteas lejanas, como la nuestra, donde sus soles y planetas nacen, evolucionan y se pulverizan desde el fondo misterioso e incognoscible de la eternidad.

Es imposible — responden los discípulos de Einstein. El cielo no es geométricamente euclidiano en el infinito de su conjunto. Su substancia, su espacio, su tiempo forman un todo indisoluble, finito, limitado, de cuatro dimensiones, tomando la forma de hiper-esfera, donde el espacio-tiempo es cilíndrico. Es muy difícil de representarnos visualmente esa concepción geométrica para nosotros que no poseemos más que tres dimensiones.

Pero, como tan claramente se expresó Jean Becquerel en su bello libro sobre la relatividad y el principio de la gravitación, representemos un hombre inteligente dejado en completa ignorancia acerca de la forma de la tierra, y que se halle a orillas del mar mirando cómo se aleja un navío.

La desaparición progresiva del casco del barco y luego de su arboladura, será para él una revelación. Habiendo comprendido que es una curvatura lo que oculta al navío, y en consecuencia la superficie es curva, ese hombre concebirá la posibilidad de una superficie limitada, finita, de un mundo esférico, donde él se encontraría. Parecida revelación nos es dada por la teoría de Einstein, por el simple hecho que un rayo luminoso no se propaga en línea recta en el vacío, sino encorvándose. El espacio, el cielo, debe ser finito, bien que ilimitado, ya que se puede dar indefinidamente la vuelta alrededor de él. ¡El tiempo, pues, sería lo único infinito! Por esa hipótesis, la curvatura de conjunto del espacio sería determinada por la curvatura del conjunto de la materia universal. Los astrónomos buscaron de comprobar esa concepción, ensayando avaluar la masa de la materia conocida.

Es así que Eddington, valuando la masa del sistema estelar de nuestro universo galileano en un mil millones de veces de aquel del sol, y admitiendo que las nebulosas en espiral tienen otro millón de veces de esas masas, habría obtenido un rayo de cielo de un orden de tres mil millones de kilómetros, lo que importaría algunas centenas de años de luz.

Ante ese resultado demasiado débil, contradecido por el término medio de las medidas de las distancias estelares, otro astrónomo, Kapteyn, se apoyó sobre una base más sólida. Admitió que la masa

contenida en 1000 parsec cúbicos (medida astronómica que representa 3 años y 25 días de luz), es en media 80 veces más que la masa del sol, obteniendo empero un rayo del cielo del orden de cinco mil millones de kilómetros.

Esa cifra, habiendo sido superada por la medición de las distancias de las nebulosas, Einstein propuso un rayo de 150 millones de años de luz, la que fué notoriamente insuficiente, como se habrá notado, pues la última nebulosa en espiral que Shapley concluía de medir, se halla a una distancia aun más grande con unos 160 millones aproximadamente de años de luz.

Y como se está haciendo necesario conocer las distancias de las nebulosas más alejadas, ¿qué es lo que nos reservan las próximas mediciones?

Adivinamos que algún día se nos pueda dar el diámetro de toda la materia del cielo llamado una formidable *hiperesfera,* ¿esto solucionará el gran enigma celeste?

Pues nuestro espíritu prosternado ante esa prodigiosa realidad, siempre se preguntará: ¿más allá de los cuatrillones de kilómetros, del otro lado de los límites de esa masa material que obedece a las leyes de Einstein, qué habrá?

Hamlet y Mefistófeles

Hamlet encarna el elemento de la negación, elemento que otro poeta nos ha presentado bajo el tipo de Mefistófoles. Hamlet es Mefistófoles encerrado en el mas pequeño círculo de la naturaleza humana, por donde, en el heroe de Shakespeare, la negación no es un mál, pues lucha contra el mal. El excepticismo del príncipe duda del bien, pero no pone en tela de juicio la existencia del mal contra el cual emprende una lucha a muerte. Hamlet duda del bien, o mejor dicho, no se fía de él; no cree en su realidad, en su sinceridad; lo ataca, no porque es el bien, sino porque lo toma por un falso bien; un disfraz bajo el cual se esconden el mal y la mentira.

No es la de Hamlet la risa diabólica y sin compasión de Mefistófeles; en su sonrisa más amarga se transluce la melancolía, una tristeza que nos revela sus dolores y con él nos reconcilia.

El escepticismo del príncipe dinamarqués no es la indiferencia, sino lo que constituye su valer y su trascendencia. El bien y el mal, lo verdadero y lo falso, lo hermoso y lo feo se confunden para él en algo accidental, ciego e inconsciente. Hamlet, a la par que se niega a creer en la inmediata realización de la justicia, entabla una lucha encarnizada contra la injusticia y se convierte en uno de los principales campeones de la verdad, en que no puede creer enteramente. Pero, como el fuego, la negación encierra una fuerza devastadora; y ¿cómo mantener esta fuerza en sus justos límites? ¿Cómo mostrarle en dónde ha de detenerse y qué ha de respetar cuando ambas cosas están unidas por un indisoluble lazo?

Aquí es donde, como se ha observado con frecuencia, se descubre la parte trágica de la naturaleza humana. Para obrar es preciso querer y pensar; pero la voluntad se ha separado del pensamiento, y este divorcio es cada día más profundo.

Así es cómo el vivo color de la voluntad natural desaparece al pálido reflejo del pensamiento — dice Shakespeare por boca de Hamlet.

IVAN TURGUENEFF

Algunos novelistas de la generación de 1895

CHARLES - LOUIS PHILIPPE

(*Conclusión*)

La inclinación de esos escritores por los humildes, los personajes y los medios que de ellos describen, parecieran reanudar la tendencia naturalista. ¡Sin embargo, qué lejos están! ¡Qué naturalismo más transformado, desarrollado, esclarecido aquí por el amor, allá fortificado por una documentación precisa, fundada sobre sólidos conocimientos técnicos!

Ese naturalismo nuevo, como el de un Foupnell (*Nono*), el de Viollis, de un Geniaux, el de una poco más tarde, de un Jean-Richard Bloch, lo mismo que el naturalismo católico de Baumann (*L'Immolé*).

Existe en Juan Viollis un poeta de una sensibilidad delicada y un observador de raza. El poeta se revela en su primer cuento *L'Emoi* y luego en su *Petit Coeur* (pequeño corazón). Habiendo meditado mucho en su arte, no aborda la novela sino después de haberse ejercitado pacientemente, después de haber probado sus fuerzas. Escribe entonces *Monsieur le Principal*. Habló de sí mismo para enunciar una "fórmula de novela que permita escaparse de lo que el naturalismo tenía de pesado y de glacial, manteniendo siempre sus métodos de documentación (13). Fórmula que se podría aplicar a casi todos los novelistas de esa generación. Después de esos breves volúmenes un poco tímidos, crece, se agranda y se desarrolla, toma amplitud, se enriquece, profundiza su observación y produce en fin *La Flûte d'un sou* (La flauta de un centavo), novela poderosa, que algún día se le otorgará su justo lugar y que yo no puedo más que citar, porque aun escrita antes de la guerra, la fecha de su publicación es posterior al período estudiado aquí.

Carlos Geniaux, que después de la novela de *L'Homme de Peine* (1907), se ha hecho un novelista excelente, situó los episodios de sus narraciones en paisajes opuestos y diferentes. Su *Ocean* es el drama áspero del mar bretón.

Juan Vignaud (*La terre ensoceelée* — La tierra embrujada), Gastón (*Champi-Tortu*, Paul Reboux (*Maison de dancey*), Charles-Henri Hirsch (*Eva Tumarché*), son buenos escritores y perfectos letrados.

* * *

Colocando a Charles-Louis Philippe en uno de los polos de la generación de 1895, indicamos que en el otro se encontrarían los hermanos Tharaud.

Aquél, el primero, en efecto se abandona a su sensibilidad. Se deja gobernar por ella y proclama que un escritor debe ser un salvaje, y por lo pronto *sentir*. Este título es el carácter representativo de una tendencia dominante de su época literaria: la subordinación de la razón a los instintos, la soberanía de los sentidos.

Mas los segundos ponen por encima de la sensibilidad la razón. Son equilibrados. Opuestos a todo desórden, a todo azar, quieren poseer un dominio sobre sus sensaciones, pensar. Metódicos, practicaron un arte donde prima la composición. En una entrevista declararon: "Lo que nos interesa es la emoción intelectual: todo lo que se evade de la sensibleria, de la sentimentalidad, o, menos que sea intelectualizada. Nos repugna sobre todo la literatura de la gente excitada" (14).

Mientras que Charles-Louis Philippe y los novelistas que le rodean intentan modernizar el naturalismo prosiguiendo la tradición de un arte de libertad, de verdad y de humanidad, en suma de tendencia popular, los Tharaud anhelan vivificar el clasicismo, reintegrar cierto intelectualismo en la novela. Para eso adoptan fórmulas antiguas, que ellos renuevan sin embargo, con el estudio de la vida contemporánea, por la curiosidad de sus almas viajeras, por sus encuestas a través de Europa y del Africa del Norte (15) y por el gusto del exotismo. Tienden así hacia un arte aristócrata.

En sus romances aportan la seriedad de las aulas universitarias, pareciendo que se hallan mejor preparados para estudiar piezas de archivos, para el examen de documentos históricos, que para descifrar las pasiones de los hombres. Sus obras, las más logradas, poseen siempre un aire de segunda mano, y frecuentemente uno siente que son más historiadores que novelistas. Así, poco a poco abandonan la novela, que al principio parecía ser uno de sus principales objetivos, y se abocan a la confección de trabajos de observación política, de grandes investigaciones realizadas en el extranjero a fin de explicar el desarrollo de acontecimientos históricos (*La Bataola de Sciutari, Cuando Israel sea Rey*).

Pero en 1913 decían: "Nosotros buscamos ante todo una historia, un suceso viviente para narrar (16). Historia que fué *Dingley el ilustre escritor*, pequeño libro muy bien hecho, pero frío, apareciendo más como una reconstitución contemporánea que como una narración novelada.

Este aspecto confitado, libresco y artificial se encontrará en la mayor parte de sus novelas, en las cuales la perfección es laboriosidad. La anécdota trama de la obra "La querida sabia", puede ser verdadera, mas es inverosímil, fuera de la verdad humana. En la *Fiesta Arabe*, al contrario, en que la inclinación de los Tharaud es por lo pintoresco oriental, se hacen apreciar bastante los autores.

Son descriptores visuales más bien que psicológicos. Sobre la manera de describir de los Tharaud, el juicio de más acierto ha sido enunciado por Armando Praviel: "Ellos ven maravillosamente, ciertamente, más su pintura demasiado sabia no posee la asombrosa vida de un croquis realizado en el apresuramiento y la fiebre de quien comulga, hondamente, con el paisaje. Saben ver con una singular agudez desfilar ante ellos los pueblos más diversos; no dejan escapar un bucle ni una joya, ni un par de espuelas; saben estudiar los hombres y las razas con el paciente método de los etnólogos e historiadores, y, no obstante tantos alardes de ciencia, algunos de sus volúmenes de viajes, donde intentan hacer centellear con sus plumas bellos soles, son un poco fríos. No se puede menos de recordar que si los Tharaud tuvieron entre sus antecesores algunos marinos, son también profesores."

Por otra parte, se les reprochó a los Tharaud su sobriedad excesiva, "No confundamos sobriedad con elipses", escribía respecto a ellos Lasserre.

Confesemos, a pesar de todo, que uno de los trabajos donde la sobriedad no aparece como signo de pobreza, como escasez de vena verbal, y al contrario cual la realización perfecta de su arte, de su particular concepción del arte, es en "El Relevo", una pequeña narración de guerra que es una pequeña obra maestra. En efecto, los Tharaud pueden llegar al alto rango de la obra maestra. Poseen movimiento, fluidez, y saben expresarse en una bella prosa. Son autores para antologias, "un poco o demasiado conscientes, quizás, pero seriamente organizados" (17)

Si su arte es más intelectual que sensitivo, es también arte. Por su ejemplo trajeron el recuerdo de la importancia de la composición. Siempre se aplicaron a hacer de la novela una obra de arte. Ejercieron una influencia bienhechora entre los novelistas de su generación y se les debe situar en el rango de los artistas más respetables.

EUGENE MONFORT

(13) "*Existe un abismo entre esa atracción hacia la realidad y la antigua documentación naturalista. Esos reporter de genio, — pues bien a menudo no son otra cosa los hermanos Tharaud — poseen un espíritu demasiado claro, la calidad del talento y la fineza del sentido artístico demasiado desarrollado para que se dejen arrastrar hacia esas historias chatas de la libreta de apuntes. Si ellos se desplazan y viajan, es que les es necesario impregnarse de la realidad, de penetrarla por un esfuerzo de simpatía y, como diría Bergson, instalarse en ella para siempre.*

—Jules Bertrand. — *Le Roman nouveaux.*

(15) *Muller y Picard.* — Les tendances presents de la Litterature Française.

(16) *En* Le Correspondant: *Dos grandes literatos, los hermanos Tharaud.*

(17) *Paul Souday.* — Les livres du temps.

EUGENIO MONTFORT

El autor del estudio de "Algunos novelistas de la generación de 1895" fundó hace veinte años la revista de crítica y de arte "Les Marges", publicada en París, en cuyas páginas colaboraron y fueron redactores efectivos todos los escritores que triunfaron en las primeras décadas de este siglo.

Personalmente su tendencia literaria se caracteriza por un señalado humanitarismo, que contrasta abiertamente con las generaciones actuales, de la cual algunos escritores todavía ahora contribuyen con sus producciones a sostener el nivel intelectual de la mencionada publicación, que sigue apareciendo.

Bastará este fragmento, que nosotros extractamos de uno de sus artículos insertados en su misma revista, antes de la guerra, en 1913, para dar una muestra de cuáles eran sus preocupaciones sobre el porvenir de los humanos en relación con las sociedades contemporáneas:

"En ningún momento de la historia los hombres se han sentido tan lejos como ahora del pasado. La sociedad parécenos en vísperas de transformarse. Algo tiembla, algo palpita en las entrañas del mundo. Vivamos, pues, en nuestra época, tratando de comprenderla, amándola, ayudándola. Y, sobre todo, no nos agarremos a las bellas formas del pasado."

Si la realidad se cargó con la tarea de aplazar la prematura profecía del poeta, los anhelos no son por eso menos nobles.

JUAN GRAVE

Cómo se mata una propaganda (1918-20)

(*Conclusión*)

"31—7—1920

Mi querido...

¿Cree Vd., que la separación no nos ha sido penosa? Hemos intentado todo para evitarla. Paul Reclus sobre todo, que tiene un alma de cristiano. En cuanto a mí, yo habría roto hace mucho tiempo.

No tenemos ni ambición ni vanidad. Hemos vuelto a tomar *Temps Nouveaux* a instigación de Grave. Pedía que se le descargase de deudas y de toda la cocina del periódico, administración, etc.

Guerin aceptó todo.— Yo me embarqué en la galera sin ninguna especie de entusiasmo. Retardando sin cesar su regreso de Inglaterra y apremiándonos los camaradas, Guerin y yo lanzamos el primer número en junio de 1919, con gran furor de Grave. Después la vida continuó siendo imposible. Grave habita en los alrededores, no quiere molestarse para venir a París y quiere que todo marche según sus órdenes, como cuando hacía él solo el periódico. Nuestro grupo hacía lo que podía, todos estabamos singularmente molestos y cansados.

Felizmente el viejo Tcherkesof y Paul Reclus intervinieron para decir a Grave que no tenía la propiedad exclusiva de la propaganda ni de los *Temps Nouveaux*. Y eso lo decidió a marchar más o menos bien.

Pero eso no fué más que un apaciguamiento. Grave ausente, trabajado por la enfermedad de la desconfianza. Guerin muerto, Grave insinuó que se le había querido dejar al margen. Ninguna prueba lo satisfizo. Nos envió lo insertado en el número 9, declarando desinteresarse de la revista.

Habiendo sucedido Jacques Reclus a Guerin, encontró las mismas dificultades. En fin, paso por sobre los detalles. No siendo suficientes los fondos pensamos crear una cooperativa de librería para hacer vivir el periódico. Grave es también partidario de ello, pero exige ahora que se abandone el título. Eso era descabellado. No habíamos conservado al comienzo el título más que para no abandonar a Grave. Ahora es demasiado tarde.

Afectado por la enfermedad de las persecuciones, Grave se retira. Pero quisiera que el periódico muriese con él. Por honestidad hemos querido que el público fuese prevenido de la escisión.

Salud...

Grave no hará, por otra parte, más que escribir libros. Habría querido que la revista desapareciese con él".

No queriendo abrumar a un viejo camarada de lucha he suprimido su firma, pero los lectores que tienen algún sentido crítico juzgarán entre mi exposición y sus afirmaciones. Que vean de dónde salen las mentiras. Sin embargo, atraeré su atención sobre estos cuatro puntos:

1.— El firmante dice que les había escrito que quería se me desembarazara de deudas, de la cocina del periódico, etc.; que al comienzo no conservaron el título del periódico más que por no abandonarme, y por fin que es por honestidad que publicaron la pequeña nota anunciando mi ruptura definitiva con ellos. Como hábil discípulo de jesuíta, el autor de esa carta sabe servirse de semi-verdades para formar grandes mentiras.

Es verdad que les había escrito que en lo sucesivo, teniendo que ocuparme de más cosas personales, no me sería ya posible consagrarme a la redacción. La carta a Pierrot, publicada más arriba, y no es más que una muestra de todas las que hemos cambiado, no podía dejarles ninguna duda sobre mis intenciones.

2.— La fecha de la misma carta juzga esta otra afirmación: "que es por solidaridad hacia mí que han conservado el título". Antes de aparecer la revista sabían que yo no estaba con ellos. Eso no les impidió aparecer y conservar el título sin decir una palabra de esa escisión. Al contrario, rehusaron insertar mi protesta.

3.— La inserción de la nota que anunciaba mi ruptura definitiva con ellos no tuvo nada de espontáneo de su parte. No se hizo sino a instancia mía. Sabiendo que era inútil pedírsela, me dirigí a la camarada de que he hablado y que era un poco más honesta que ellos, le pedí que hiciera comprender a sus compinches que debían al menos tener el pudor de anunciar que me retiraba de la revista, y dar las razones.

Mi salida se anunció, pero sin dar las razones.

4.—Al descargarme de la administración es verdad que les decía que esperaba que el camarada que se hiciera cargo de ella, querría encargarse también de ver mis antiguos acreedores y regular las cuentas con ellos. Pero, ¿en qué condiciones? Es lo que explicaré después de haber dado la segunda carta que se me comunicó, procedente del mismo individuo:

"19|8 — 20.

Camarada,

¿Por qué acusarnos de robo sin pruebas? Los camaradas que trabajan en la aparición de *Temps Nouveaux* no tienen, ni unos ni otros, ninguna vanidad, ninguna ambición. Le damos todo nuestro tiempo y nuestro dinero; trabajamos para ganar nuestra vida y no tenemos absolutamente nada que ganar aquí.

Es Grave el que nos ha incitado después de la guerra a tomar el periódico. Confieso que eso no me tentaba demasiado. Lo hice por amistad hacia grave y por la propaganda.

Grave declaró que no quería ocuparse de la administración ni de la cocina (jesuita) del periódico. Nos comprometió a crear un comité de redacción cuyos nombres nos dió (mentiroso) y nos pasó las deudas del periódico (tres veces mentiroso).

Hemos tratado de hacer aparecer *T. N.* como revista mensual, por no tener tiempo de hacerlo de otro modo. Pero como Grave habita en los alrededores, no fué posible entenderse, porque no vino jamas a las reuniones del comité.

En realidad hubo algunas tirantezes que fueron allanadas por la intervención de Paul Reclus y del viejo Tcherkesof.

Después de la muerte de Guerin Grave se volvió más y más desconfiado, e "imaginó" (no puedo decir otra palabra) un complot que habríamos formado para desembarazarnos de él. Quedamos estupefactos, tratamos de convencerle de su error, fué en vano. No habíamos tomado el título de los *T. N.* más que para solidarizarnos con Grave. Nos apenamos mucho por la ruptura impuesta. Pero es Grave el que la originó.

Sin embargo no habíamos cambiado de hombro nuestro fusil ni renegado nuestras ideas. Henos aquí metidos en una revista que no habíamos querido. Ligados por nuestros compromisos, estamos obligados a aparecer. Quisiéramos sólo cambiar el título, dar satisfacción a Grave. Es todo lo que podemos hacer, porque comprendo bien que Grave no podrá hacer aparecer una publicación más que a condición de ser el amo absoluto. Salud..."

Aquí, si quedan las mismas mentiras, reforzadas por otras nuevas, el tono se ha cambiado un poco.

Se constata que es a instancias mías — lo que es verdad — que pensaron en hacer reaparecer el periódico — ¡no es ya cuestión de Guerin, sin el cual el periódico no habría aparecido! — y que les he molestado luego. Que soy yo el que les he forzado a establecer un comité de redacción, cuyos nombres habría dado.

Mi carta, publicada más arriba, responde victoriosamente a todas estas mentiras.

Tienen en brazos una revista que no querían. ¿No lo habían querido así?

En cuanto a las reuniones del comité, en efecto, no niego que no fuí nunca. Habiendo sido formado contra mi consentimiento, no he querido jamás reconocerlo. Pero he ido siempre a las citas de Pierrot y de Guerin.

A fin de cuentas, ellos querían tener un periódico propio, de que fueran los amos, a eso no tendría ninguna objeción que oponer si me lo hubiesen dicho francamente. Estaban en su derecho.

Pero desde el comienzo, es de la reaparición de *T. N.* de lo que se trataba, de los *T. N.* que existían antes de la guerra y no de otros.

Sin duda habrían existido las mismas objeciones en cuanto a la oportunidad de la aparición, del fondo de caja y de la necesidad de organizar la venta y la suscripción; viniendo de ellos la iniciativa, es a ellos a quienes les habría afectado y no a mí.

Eso es lamentable, porque los pocos que habíamos quedado del viejo movimiento nos desuniamos, nos reducíamos a la impotencia.

Ahora, por su parte hacen un periodiquito, yo tengo mis folletos de aparición lenta, no tenemos ninguna influencia en el movimiento actual; mientras que reunidos nos habría sido posible tal vez volver a ocupar nuestro puesto en el movimiento, echar las bases de una agrupación capaz de hacer algo.

Oh, yo no me ilusiono. En este período de rebajamiento espiritual debe ser difícil hacer obra seria, pero, sin duda, habríamos podido echar las bases para un trabajo futuro, intentar, al menos, combatir esa corriente de achatamientos y de demagogia en que el movimiento anarquista está en vías de sumergirse.

Como lo preveía en mi carta a Pierrot, si no rehacíamos el puesto de un periódico de propaganda seria, tarde o temprano ese puesto sería ocupado y tal vez no en bien de la propaganda.

Mi predicción se ha realizado, ay, al pié de la letra.

Pero queda la mentira de las deudas antiguas de que yo les habría encargado.

Veamos cómo me he descargado de ellas:

Cuando el periódico cesó de aparecer, se debía:

al impresor del periódico, alrededor de . . . . . francos	1.300
al camarada Prouvost, resto de los 3.000 francos que me había prestado para salvar el periódico . . . . . "	501.50
al almacén de papel . . "	60.—
La Productrice (impresión de folletos) . . . . . "	160.—
Total, francos	2021.50

Pero si había esas deudas, había mercaderías y fondos para pagarlas.

Guerin me había proporcionado un estado de las entradas y gastos que había hecho para los *T. N.* en mi ausencia.

Había recibido incluso 365 francos que le remitió Girard . . . 1.735,10 francos

Al contrario habí, gastado . . . . . 1.283,70 "

En esta última suma estaban incluídos los 501,50 debidos y pagados al camarada Prouvost, 407,30 para el cambio de domicilio de rue Broca. Quedan, pues, en caja 451,40 francos.

Contra todas mis recomendaciones vendieron como papel viejo todo lo que quedaba de "Guerre-Militarisme", Patriotisme-Colonisation", de "Terre Libre" y de "Coin des Enfants", y otros diferentes folletos cuyo total era de 1.400 francos.

Nos había quedado papel para un folleto, por el cual el impresor me pagó 160 francos.

Dí a Guerin por una venta de litografías hecha por mí, 500 francos.

Bertrand había comprado (a buena cuenta) las planchas de la instalación de la rue Broca por 250 fr.

Guerin había vendido litografías de Naudin por 200 fr.

Habían recibido, pues, en total, 1.520 francos.

Pagadas las deudas les quedaban a su favor 1441,40 francos.

Pero eso no era todo. Habían quedado al menos, si no más, 100 litografías de Naudin que podían venderse a 20 francos por lo menos la pieza, varias colecciones completas de nuestras litografías (valuación moderada, 5 fr. el ejemplar — cada colección de 30 ó 31 litografías) — Los Pissarro, había dos que podían venderse a 100 francos cada uno, sin contar los Meunier, Steinlen, Nouvant, que podían también venderse a buen precio.

Durante todo el tiempo que colaboré con ellos he proporcionado los pedidos de folletos y litografías que me transmitían y cuyo total representa algunos centenares de francos.

Eso es lo que esos señores llaman haberles dejado la carga de las antiguas deudas.

No agregaré más que una palabra, ignoro qué transacciones han sido hechas para pagar esas deudas.

Que el lector juzgue.

***

Ensayo de una bibliografía anarquista alemana

Procesos — Prisiones — Hechos revolucionarios

Bauer Edgar. — *Prozessprocess Edgar Bauer's* (Proceso por delito de prensa contra Edgardo Bauer), Berna, 1845.

Edgar Bauer. — *Die Reise auf Offentliche Kosten* (El viaje a costa del Estado), en la revista *Epigonen*, vol. V, 1847, pág. 9—112, Berlín.

Der erste Hochverrathsprocess vor dem deutschen Reichsgericht (El primer proceso por delito de alta traición ante el tribunal nacional alemán), Leipzig, 1881, 118 págs. en 8o. — contra Dave y compañeros.

Errico Malatesta (7)

EN EL CAFÉ

Pero si quisiera hacer abstracción de su posición, si tuviera energía para vencer sus hábitos de espíritu y quisiera reflexionar sobre la cosa sin prevenciones, comprendería fácilmente que, admitido que el fin de la sociedad debería ser el mayor bienestar posible de todos, el comunismo anárquico es la solución a que se llega necesariamente. Pero si, al contrario, usted piensa que la sociedad ha sido hecha para engordar algunos pocos pillos a expensas de todos, entonces...

Ambrosio. —No, no, admito que la sociedad debe proponerse el bien de todos, pero no por eso puedo aceptar su sistema. Me esfuerzo verdaderamente por ponerme en su punto de vista, pues he tomado interés en la discusión y quisiera al menos darme una idea clara de lo que ustedes quieren; pero sus conclusiones me parecen de tal modo utópicas, de tal modo...

Jorge. —Pero, en suma, ¿qué es lo que encuentra oscuro o inaceptable en la exposición que le he hecho?

Ambrosio. —He ahí la cuestión... no sé... todo el sistema.

Dejemos a un lado la cuestión del derecho, sobre la cual no podremos entenderno; suponiendo que — como usted sostiene — todos tengan un derecho igual a gozar de la riqueza existente, comprendo que el comunismo pueda parecer el orden más simple y tal vez el mejor. Pero lo que no me parece de ningún modo posible es una sociedad sin gobierno.

Usted funda todo su edificio sobre la libre voluntad de los asociados...

Jorge. —Justamente.

Ambrosio. —Y este es su error. Sociedad significa jerarquía, disciplina, sumisión del individuo a la colectividad. Sin autoridad no hay sociedad posible.

Jorge. —Todo lo contrario. La sociedad propiamente dicha no existe más que entre iguales; y los iguales tienen hábito de entenderse entre sí cuando hallan placer y conveniencia en ello, pero no se someten uno al otro.

Sus relaciones de jerarquía y sumisión, que le parecen la esencia de la sociedad, son relaciones de esclavo a patrón; y usted admitirá, creo yo, que el esclavo no es, propiamente hablando, el asociado del amo, como el animal doméstico no es el asociado del hombre a quien pertenece.

Ambrosio. —Pero, ¿cree verdaderamente posible una sociedad en donde cada cual haga lo que quiera?

Jorge. —A condición, se entiende, de que los hombres quieran vivir en sociedad y se adapten por consiguiente a las necesidades de la vida social.

Ambrosio. —¿Y si no quieren?

Jorge. —Entonces no habría sociedad posible. Pero como es sólo en la sociedad donde el hombre, al menos el hombre moderno, puede encontrar satisfacción a sus necesidades materiales y morales, es extraño suponer que quiera renunciar a lo que es para él condición de vida y de bienestar.

Los hombres se ponen difícilmente de acuerdo cuando discuten en abstracto; pero apenas hay algo que hacer que es necesario hacer y que interesa a todos, siempre que nadie tenga medios de imponer a los demás su voluntad y de obligarles a obrar como desea, pronto cesan las obstinaciones y las tiranteces del amor propio, se vuelven conciliadores y la cosa se realiza con la mayor satisfacción posible de cada uno.

Se comprende: nada humano es posible sin la voluntad de los hombres. Todo el problema para nosotros está en cambiar esa voluntad, es decir en hacer comprender a los hombres que combatiéndose uno a otro, odiándose, explotandose recíprocamente, pierden todos, y en persuadirlos a que quieran un orden social fundado en el apoyo mutuo y en la solidaridad.

Ambrosio. —Por consiguiente, para establecer su comunismo anárquico deberán esperar a que todos estén persuadidos y tengan la voluntad de establecerlo.

Jorge. —¡Oh, no! ¡Buenos estaríamos! La voluntad es determinada en gran parte por el ambiente, y es probable que mientras duren las condiciones actuales la mayoría continuará creyendo que la sociedad no puede ser organizada diversamente a como lo está.

Ambrosio. —¿Y entonces?

Jorge. — Entonces el comunismo y la anarquía serán establecidos entre nosotros... cuando seamos un número suficiente para establecerla — convencidos de que si los demás ven que nos encontramos bien, harán pronto como nosotros. O al menos, si no pudiéramos realizar el comunismo y la anarquía, trabajaremos para que las condiciones sociales cambien de modo como para determinar la voluntad en el sentido que nosotros queremos.

Comprenda bien: se trata de una acción recíproca de la voluntad sobre el ambiente y del ambiente sobre la voluntad... Nosotros hacemos y haremos lo que podamos para que todo se encamine hacia nuestro ideal.

Lo que debe entender bien es esto. Nosotros no queremos violentar la voluntad de nadie; pero no queremos que otros violenten la nuestra o la del público. Nos rebelamos contra aquella minoría que explota y oprime al pueblo con la violencia. Una vez conquistada la libertad para nosotros y para todos, y, claro está, los medios para ser libres, es decir el derecho a servirnos de la tierra y de los instrumentos de producción, no contaremos ya más que con la fuerza de la palabra y del ejemplo para hacer triunfar nuestras ideas.

Ambrosio. —Muy bien; ¿y cree llegar así a una sociedad que se rija simplemente por la voluntad concordante de sus miembros? Sería el caso de decir que eso sentaría un caso sin *precedente!*

Jorge. —No tanto como lo imagina. En realidad ha sido siempre así, si se considera que los vencidos, los dominados, las bestias de carga y de matadero del consorcio humano no forman propiamente parte de la sociedad.

En los Estados despóticos, donde todos los habitantes son tratados como un rebaño al servicio de uno solo, ninguno más que el soberano tiene voluntad... y aquellos de quienes el soberano tiene necesidad para tener sumisa a la masa. Pero a medida que otros consiguen emanciparse y entrar en la clase dominadora, en la sociedad propiamente dicha, sea por medio de la participación directa en el gobierno, sea por medio de la posesión de la riqueza, la sociedad se va plasmando de manera como para satisfacer la voluntad de todos los dominadores. Todo el aparato legislativo y ejecutivo, todo el gobierno con sus leyes, sus soldados, sus esbirros, sus jueces, etc., no sirve más que para regular y asegurar la explotación del pueblo. De otro modo los patrones encontrarían más simple y más económico ponerse de acuerdo entre sí y pasarse sin el Estado. Los burgueses mismos lo dicen... cuando olvidan por un momento que sin los soldados y sin los esbirros el pueblo iría a aguarles la fiesta.

Destruya las divisiones de clase, haga que no existan esclavos para el freno e inmediatamente el Estado no tendrá razón de ser.

Process gegen den Anarchisten Hermann Stellmacher (Proceso contra el anarquista Hermann Stellmacher), Viena, 1884.

Der Hochverrathsprocess und die Affaire Merstallinger (El proceso de alta traición y el asunto Merstallinger), Viena, 1883, 238 págs. en 16.° — publicación socialista.

Der anarchistische Prozess Reinsdorfs und Genossen. Con retrato de los 8 acusados. Edición de S. Werner, Leipzig, 1884.

Bericht über die Schwurgerichtsverhandlung von 29 Juni bis 1 Juli 1885 gegen Julius Lieske... (Informe sobre el proceso del 29 de junio al 1 de julio de 1885 contra Julio Lieske...), Leipzig, 1885, 40 págs. en 8.°.

Most Johann. —*August Reinsdorf und die Propaganda del That* (A. R. y la propaganda del hecho), New York, 1885, 79 páginas.

Müller Eduard. — *Berich über die Untersuchung getreffend die anarchistische Umtriche in der Schweiz...* (Informe sobre la investigación referente a los actos de los anarquistas en Suiza...), Berna, 1885, 186 págs. — publicación oficial del gobierno suizo.

Most Johann. — *Die Hölle von Blackwell's Island* (El infierno de Blackwell's Island), New York, 1887.

Most Johann. —*Zwischen Galgen und Zuchthaus* (Entre el cadalso y el presidio), New York, 1887.

Anonymus Veritas (Most). — *Acht Jahre hinter Schloss und Riegel* (Ocho años tras cerrojos), 80 págs., New York, 1896; segunda edición, New York, oct. 1890.

Landauer G. — *Aus meinem Gefangniss-Tagebuch*, en el "Sozialistische Akademiker", números 13—18, Berlin, 1896.

Schütte Max. — *August Reinsdorf und die Niederwald-Verschworung* (A. R. y la conspiración de Niederwald), Berlin, 1902.

Oerter Sepp. — *Acht Jahre im Zuchthaus*, (ocho años de presidio), Verlag Anarchist, 1905-1906, Berlin; nuevas ediciones.

Paul Koschemann, Das Attenta auf dern Polizioberstem Krause in Berlin (Paul Koschemann. El atentado contra el coronel de policía Krause en Berlín), Verlag Der freie Arbeiter, Berlín, diciembre de 1906, 32 págs.

Oestereich Rud. —*Wegen Hochverrats im Zuchthaus* (En presidio por delito de alta traición), 32 páginas, Verlag Tribune, Berlin, 1913.

Ramus Pierre. — *Friedenskrieger des Hinterlandes.* (El combatiente por la paz de tierra adentro, novela), 400 págs., Viena, 1924.

Rocker Rudolf. — *Hinter Stacheldrath und Gitter* (Tras rejas y alambre de pua), Verlag Syndikalist, Berlin, 1925. — Describe la prisión durante la guerra en Londres.

***

EDITORIAL "LA PROTESTA"

Libros y folletos publicados

Sebastián Faure

"Mi Comunismo" (La felicidad universal) — Un tomo de 440 págs. En rústica, $ 2 00 , encuadernado en tela, $ 3.50.—

Max Nettlau

"Errico Malatesta" — La vida de un anarquista. — Un tomo de 270 págs. En rústica, $ 1.20; encuadernado en tela, $ 3.50.—

C. Lombroso y Ricardo Mella

"Los Anarquistas" — estudio y réplica. Un tomo de 170 págs., $ 1—

Miguel Bakunin

"La Revolución Social en Francia" —Primero y segundo volumen de las Obras Completas.— En rústica $ 1.50; en tela, $ 3.50 c| uno.—

Pedro Kropotkin

"El Estado, su rol histórico — El Estado Moderno — En rústica $ 0.50; en tela, $ 1.50.—

Luis Fabbri

"Cartas a una mujer sobre la anarquía" — En rústica, $ 0.50; en tela, $ 1.50.—

Agustín Souchy

"La Ukrania Revolucionaria *(impresiones de un viaje de estudio desde abril a octubre de 1920)* **$ 0.30.—**

J. Guillaume

"Miguel Bakunin" — Noticia Biográfica — $ 0.20.—

Errico Malatesta

"Entre Campesinos" — $ 0.15.—

Juan Crusao

"Carta Gaucha" — $ 0.10.—

"Hijos del Pueblo" — Nuevo Cancionero — En rústica, $ 0.30 — Encuadernado en tela, $ 1.00.—

"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España", por Max Nettlau — Primer tomo de la BIBLIOTECA de LA PROTESTA.— Un tomo en rústica, $ 0.50
Edición en papel pluma $ 1.00
Encuadernado en tela " 2.50

Por más de diez ejemplares, se hará el 25 o|o de descuento.

Precio: $ 1.50 m|n
Encuadernado en tela, $ 3.50

¿Ha leído Vd. "El anarquismo en el movimiento obrero, de los compañeros Arango y Santillán? No debe faltar en su biblioteca, trabajador.

Por lo demás, aun hoy la parte esencial de la vida social, tanto en la clase dominadora como en la dominada, se realiza por acuerdo espontáneo y a menudo entre individuos: por costumbres, punto de honor, respeto a la palabra dada, temor a la opinión pública, sentimientos de honestidad, de amor, de simpatía, reglas de buena conducta — sin ninguna intervención de la ley y del gobierno. Ley y gobierno se vuelven necesarios sólo cuando se trata de relaciones entre dominadores y dominados. ¡Entre iguales todos tienen vergüenza de llamar al esbirro, de recurrir al juez!

Ambrosio. —No exagere. El Estado realiza también cosas útiles a todos, da la instrucción, vela por la salud pública, defiende la vida de los ciudadanos, organiza los servicios públicos... ¡No dirá que éstas son cosas inútiles o perjudiciales!

Jorge. —Oh, hechas como el Estado suele hacerlas, se podría casi decirlo. Lo cierto es que quien hace realmente esas cosas es siempre el trabajador, y el Estado, erigiéndose en su regulador, no hace más que transformarlas en instrumentos de dominación y volverlas en provecho especial de los gobernantes y de los propietarios.

La instrucción se propaga si existe en el público el deseo de instruirse; la salud pública es próspera cuando el público conoce, aprecia y puede poner en práctica las reglas de la higiene y cuando existen médicos capaces de aconsejar bien a la gente; la vida de los ciudadanos está segura cuando los hombres son habituados a considerar como sagrada la vida y la libertad humanas y cuando... no hay jueces ni gendarmes para dar el ejemplo de brutalidad; los servicios públicos se organizan cuando el pueblo experimenta la necesidad de ellos.

El Estado no crea nada; en la mejor de las hipótesis no sería más que un rodaje superfluo, un derroche inútil de fuerzas. ¡Pero si no fuese más que inútil!

Ambrosio. —Basta. Pienso que me ha dicho suficientemente; quiero reflexionar.

Hasta la vista.

X

Gino (obrero). — He sabido que se discute aquí por la noche sobre la cuestión social y he venido para hacer, con permiso de estos señores, una pregunta a mi amigo Jorge.

Dime, ¿es verdad que vosotros los anarquistas quisiérais que no hubiese policía?

Jorge. —Ciertamente. ¡Oh, qué es eso! ¿no estás de acuerdo? ¿De cuando acá te has vuelto amigo de los policías y de los carabineros?

Gino. —No soy su amigo, tú lo sabes. Pero no soy tampoco amigo de los ladrones y de los asesinos y quiero que mi bien y mi vida sean guardados y bien guardados.

Jorge. —¿Y quién te guarda de los guardianes?...

¿Crees que los hombres se vuelven ladrones y asesinos sin causa alguna?

¿Y que el mejor modo de proveer a la propia seguridad es el de echarse al cuello una banda de gentes que, con el pretexto de defendernos, nos oprime y nos desuella y hace mil veces más daño que todos los ladrones y todos los asesinos? ¿O no sería mejor destruir las causas del mal obrando de manera que todos pudiesen estar bien sin quitarse uno al otro el pan de la boca, y que todos pudieran educarse y desarrollarse de manera como para desterrar del corazón las malas pasiones de la envidia, del odio y de la venganza?

Gino. —¡Qué dices! los hombres son malos por naturaleza y si no hubiese leyes, jueces, soldados y carabineros para imponerles respeto, nos devoraríamos entre nosotros peor que los lobos.

Jorge. —Si fuese así, habría una razón de más para no dar a nadie el poder de mandarnos y de disponer de la libertad ajena. Obligados a luchar contra todos, cada cual con las propias fuerzas, correríamos el riesgo de la lucha y podríamos ser de tanto en tanto vencedores o vencidos; seríamos salvajes, pero gozaríamos al menos de la libertad relativa de las selvas y de las ásperas emociones de la bestia de presa. Pero si diésemos voluntariamente a algunos el derecho a imponernos su voluntad, según tu opinión por el solo hecho de ser hombres, dispuestos a devorarnos, sería equivalente a entregarnos nosotros mismos a la esclavitud y a la miseria.

Pero tú te engañas, amigo mío; los hombres son buenos o malos según las circunstancias. Lo que es común a todos es el instinto de conservación, la aspiración al bienestar y al desarrollo de sus propias facultades. Si para vivir bien es preciso causar el mal a los demás, pocos y con muchos esfuerzos resistirán a la tentación. Pero haz de modo que los hombres encuentren en la sociedad de sus semejantes las condiciones de su bienestar y de su desenvolvimiento y habrá tanta dificultad en ser malos como la que existe hoy para ser buenos.

Gino. —Supongámoslo. Pero en espera de que llegue la transformación social, la policía impide que se cometan delitos.

Jorge. —¿Lo impide?

Gino. —En fin, impide un gran número y entrega a la justicia los autores de los delitos que no pudo impedir.

Jorge. —Ni siquiera eso es verdad. La influencia de la policía sobre el número y la importancia de los delitos es casi nula. En efecto, cualesquiera que sean las reformas que se hagan en la organización de la magistratura, de la policía y de las prisiones, y por mucho que se aumente o se disminuya el número de los esbirros, mientras no cambien las condiciones económicas y morales del pueblo, la delincuencia permanecerá inalterada o poco menos.

Al contrario, basta la más ligera modificación de las relaciones entre propietarios y trabajadores, o una alteración en el precio del trigo o de los demás alimentos de primera necesidad, o una crisis que deje a los obreros sin trabajo, o la propaganda de una idea que abra al pueblo nuevos horizontes y le aporte la sonrisa de nuevas esperanzas, para que pronto se observen los efectos en la disminución o en el aumento de la delincuencia.

La policía, es verdad, envía a la cárcel los delincuentes, cuando puede echarles mano; pero ésto, puesto que no sirve para evitar nuevos delitos, es un mal agregado al mal, un sufrimiento más infligido inútilmente a seres humanos.

Y aun cuando la obra de la policía consiguiera evitar algún delito, eso no bastaría, ni con mucho, a compensar los delitos que provoca y las vejaciones que impone al público.

La función misma que ejercen hace que los esbirros tengan sospechas de todo el mundo; haciéndolos cazadores de hombres, se les induce a poner su amor propio en el descubrimiento de los "bellos" casos de delincuencia, creando en ellos una mentalidad especial que acaba a menudo desarrollando instintos absolutamente antisociales. No es raro el hecho de que el policía, que debería prevenir y descubrir el delito, lo provoca, al contrario, o lo inventa, en interés de su carrera o simplemente para darse importancia y hacerse necesario.

Gino. —¿Pero entonces los policías serían ellos mismos los malhechores! Eso puede ser verdad algunas veces, tanto más cuanto que el personal de policía no es reclutado siempre en la flor y nata de la población; pero en general...

Jorge. —En general el ambiente obra inexorablemente, y la deformación profesional alcanza aun a aquellos que habrían sido llamados a cosas mejores.

Dime, ¿cuál puede ser o cuál puede llegar a ser la moralidad de uno que se compromete, por un salario, a perseguir, arrestar, martirizar a cualquiera que le sea indicado por sus superiores, sin preocuparse si es un reo o un inocente, si es un malhechor o un apóstol?

Gino. —Sí... pero...

Jorge. —Déjame que te diga algunas palabras sobre el punto más importante de la cuestión; es decir sobre lo que son los llamados delitos que la policía se encarga de prevenir y reprimir.